

Islas

Centro Atlántico de Arte Moderno,
Las Palmas, Gran Canaria

**Entre aguas te vimos
Una muestra que, partiendo de la insularidad,
convierte al mundo en archipiélago de mil horizontes.**

ALEJANDRA POZO

Hacia tiempo que el Centro Atlántico de Arte Moderno de Gran Canaria (CAAM) no organizaba una exposición desde el propio centro. Generalmente, son curadores independientes los que hacen gravitar los recursos y posibilidades del museo. Hasta que Orlando Britto Jinorio, director artístico del CAAM, se armó de toda la furia necesaria para «comisarear» *Islas*, un proyecto cuya poética se debate entre lo geográfico y lo metafórico, y que busca revelar desde la historia pretérita y contemporánea la presencia de un *sentimiento insular* en la naturaleza creadora y humana de estos territorios ultramarinos.

No es casualidad que este motivo de inspiración brotara precisamente desde las islas Canarias, archipiélago volcánico ubicado más allá de las columnas de Hércules, sobre el cual caen y recaen señales que lo relacionan con la Atlántida, el Jardín de las Hespérides o las Islas Afortunadas. Hay quienes todavía llegan hoy en día con esa expectativa celeste de quien cree que existe un paraíso terrenal, ideal para ir a pasar unas buenas vacaciones o bien para vivir, incluso morir.

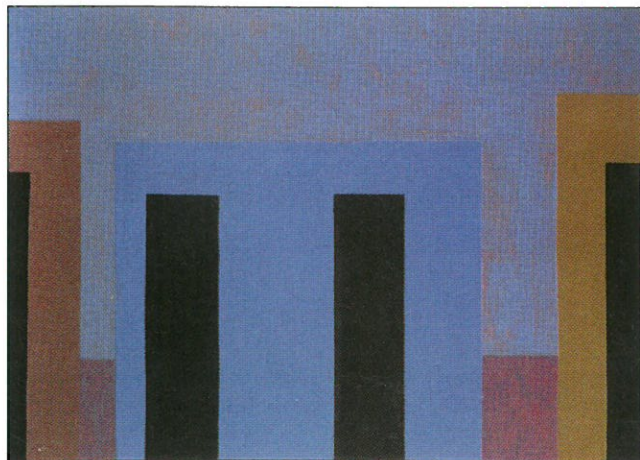
Y así comenzó el periplo, a través de más de veinte islas del mundo, que terminaría por reunir a veintiocho artistas plásticos con alguna relación insular —origen o residencia—, que conforman esta exposición merecedora de un alto reconocimiento desde cualquier punto de vista desde el cual se la mire.

La vuelta al mundo en veinte islas

Al entrar al museo, dos obras saltan a primera vista, ambas delatando, a su modo, el carácter insular de la muestra. Mar Latamie (Martinica) trabaja hace años en su *Proyecto Azúcar* en el que reflexiona sobre los sistemas y elementos productivos que transformaron física y culturalmente al Caribe. En la exposición, presenta una maqueta gigante, con otra menor en su interior, de sendas fábricas de transformación de caña de azúcar, un tipo de edificio tan común y determinante no sólo en la historia económica y cultural del Caribe, sino curiosamente en un buen porcentaje de los espacios insulares del planeta, que han sufrido también procesos de colonización. A mano derecha, ocupando toda la pared que limita la escalera del museo, Marcos Lora Read (República Dominicana) elaboró especialmente

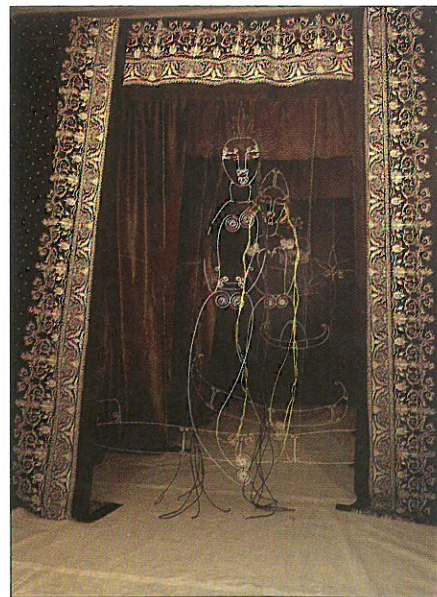
para la ocasión y el espacio un magno horizonte-teatro marino. Cuarenta y cinco días de trabajo *in situ* dieron como resultado este gran escenario de 11 x 7 metros, que contiene pictóricamente la versión del artista sobre la geografía canaria —el volcán, el mar, el cielo—, y hace sudar técnicamente al muro, de un flujo constante de agua. Dos artistas ocupan los muros previos a la primera gran sala: Hervé Telemaque (Haití) y Ashley Bickerton (Barbados/Bali). Ambos con trabajos ensamblados; construcción alegórica del Caribe, en el caso del primero, usando sacos de café y maderas de diversas formas, y utilizando materiales orgánicos y no orgánicos relacionados con el mar, el segundo.

Sala 1. Moustapha Dimé (Senegal-Isla de Goreé) utiliza materiales de desechos provenientes del mar, en su mayoría. Escultor de increíble sensibilidad, construye para la muestra *El alma de un pueblo* a partir de morteros africanos dispuestos de tal forma que traslucen una gran vocación marina, a la vez que una profunda carga religiosa. Tres cubanos, Santiago Rodríguez Olazábal, Manuel Mendive y José Bedia cargan sus obras de un fuerte, quizá enigmático, contenido proveniente de la santería y otros cultos afrocubanos. *Yo desplegaré las velas* se titula la pieza que Rodríguez Olazábal realizó especialmente para la muestra y, de oídas, una de las que más cautivó al público local. De Japón, la artista Yutaka Matsuzawa presenta unas interesantes cosmogonías que reflexionan sobre el universo, desde teorías y filoso-



Jaqueline Fraser. *Pania del arrecife se encuentra con la sirenita*, 1996. Alambre y telas. 250 x 400 x 550 cm.

Luis Palmero. *La isla de los muertos VI*, 1995. Serie en acrílico sobre tela y madera. 25.3 x 35.5 cm. Cortesía: Galería Elba Benítez, Madrid.



ñas orientales. Otra obra-instalación creada especialmente para la muestra es la del artista Jack Beng-Thi (Isla de la Reunión), titulada *21o Sur, islas, azúcar, soledad y miedo*, otra de las favoritas del público, incluso del especializado. En ella, 21 cubos de azúcar maciza, sobre los que yacen envueltos en bambúes pequeños cuerpos, llaman la atención nuevamente, y a través de una gran poesía, sobre las economías productivas coloniales. Por último, el artista Sigurdur Örlýgsson (Islandia) se inspira en Julio Verne y en Leonardo da Vinci para pintar una gran geografía, casi surrealista, de ese espacio nórdico.

Escaleras abajo. Barbara Ess (Manhattan) trabaja con la imagen fotográfica, en unos casos, con su propia imagen, o en otros, con extraños paisajes, reutilizándola o distorsionándola, logrando misteriosos territorios cargados de soledad o constelaciones de rostros que nos miran desde los más variados sentimientos. Willie Doherty (Irlanda del Norte) nos habla en sus fotografías y videos de la violenta situación sociopolítica que vive su país. *La fábrica* se titula la serie que presenta, en la que retrata abandonados espacios llenos de escombros, paradójicamente, de una gran belleza plástica. Nikos Charalambidis (Chipre) alude también a la compleja realidad sociopolítica de su tierra, pero desde un

lenguaje cargado de ironía. Los grandes poderes, el eclesiástico, el militar y el de consumo, conforman los puntos de crítica sobre los cuales gira su trabajo que, en ciertos casos, aprovecha recursos tecnológicos, a la vez que se apropia de clásicos del arte.

Segunda planta. Bernardí Roig (Palma de Mallorca) compone cuadros hiperrealistas en los que perversos, lascivos y mutilados personajes nos hablan de sexo, muerte y religión, sugiriéndonos esa imagen también existente de la isla como espacio de desinhibición. Uno de sus cuadros, *La piedad*, dialoga con la obra expuesta del otro lado de la baranda, la del artista Richard Redaway (Inglaterra), quien compone un Cristo a partir de muchas pequeñas fotografías que, como en el resto de sus *collages*, reflexionan en torno al cuerpo y su lugar en la construcción de la sociedad. Francis Naranjo (Las Palmas de Gran Canaria) desarrolla una obra minimal en la que blancas y limpias geometrías quieren plantear cierta sensación claustrofóbica e insegura, propia del hombre insular. Unos peldaños inquietan sobre el incierto porvenir del hombre en este final de siglo. Mark Waller (Inglaterra) trabaja sobre el espacio aislado y autónomo; específicamente, recoge las imágenes de su video-instalación en una gasolinera, 24 horas, y el espectador puede apreciar el

video-clip resultante, asomándose a través de los tubos de alguna pieza mecánica de motor de camión, o algo por el estilo. La gran sala contigua tiene la particularidad de que la mayoría de las obras expuestas tienen que ver con el fuego. Nari Ward (Jamaica) vive en Harlem, Nueva York, y en su instalación *Cielos de hierro* utiliza 365 bates de béisbol quemados, colocados bajo una suerte de cielo estrellado construido con planchas de horno, aludiendo a la violencia y el racismo que vive la comunidad negra neoyorkina todos los días del año. Guillem Nadal (Palma de Mallorca) presenta una obra documental en la que registra fotográficamente un instante del *performance* que realizó en una vieja cantera de Mallorca, cuando hizo arder la silueta de un mapamundi construido en cuerda. Jean-Paul Marcheschi (Córcega) presenta una obra de gran formato, compuesta por las páginas ritualmente quemadas de su diario, en cuyos desdibujados grafismos se pueden adivinar los anhelos y sueños del artista. Emilio Isgró funde en aproximadamente 300 kilos de vidrio un gran libro de cristal, escultura titulada *Las tablas de la ley*, en la que invita a revisar y replantear renovados mandamientos consonos al mundo contemporáneo. Por su parte, Anna Eyjólfsdóttir (Islandia) construye una gran escultura-tótem con perchas de



Santiago Rodríguez Olazabal.

Yo desplegaré las velas, 1997.
Técnica mixta.
270 x 250 x 200 cm.



Jack Beng Thi. *21o sur: isla, azúcar, soledad y temor*, 1997.
Bambú, azúcar, madera, terracota, difusor de olor. 50 x 400 x 400 cm. Colección del artista.
Isla de la Reunión.

Hervé Telemaque. *La rodilla clara*, 1993.
Cortes de bolsas de café agrío del bosque.
222 x 122 cm. Cortesía: Galería Louis Carré y Cie.

